

La misión del perdón



Robert de Niro interpreta en la película “La misión” a Rodrigo Mendoza, un mercenario y tratante de esclavos que busca la expiación de sus pecados acompañando a un misionero rumbo a un poblado indígena en el interior de la selva. Para hacer más dolorosa su penitencia, Mendoza escoge durante el camino las sendas que exijan mayor esfuerzo y arrastra atado a la cintura un fardo de objetos, como expresión física del peso de sus pecados.

Llegado un punto es tal su sufrimiento, que uno de los acompañantes del misionero no puede tolerarlo y corta la soga que unía a Mendoza con el fardo que dificultaba su andadura. El saco se desploma al vacío e impacta contra el duro suelo... En ese instante, más allá del alivio que siente al liberarse del peso físico, Mendoza rompe a llorar extasiado entre gritos por el fin de su condena.

De igual modo, todos llevamos nuestro simbólico saco de culpas, arrastrándolo como memorias de vivencias pasadas que se resisten a perderse en el olvido. Emociones y sentimientos parasitarios que tiñen de malestar y pesadumbre nuestra percepción del único instante que podemos vivir en comunión con la existencia: *ahora*.

Si en nuestro interior anida la culpabilidad, tenderemos a juzgar la actitud ajena aún siendo incapaces de ponernos en el lugar del otro, habida cuenta de que para poder juzgar con honradez tendríamos que haber vivido su vida, interna y externa, hasta el momento en que tomó la decisión que juzgamos. Por lo tanto, culpabilizamos no por intentar ser justos, sino como una manera de afianzar la que creemos es nuestra identidad y en la que hemos asentado todo nuestro edificio vital. Si sentimos culpa por nosotros, estaremos en posibilidades de comprender y aceptar nuestra inocencia natural. Pero si la culpa proviene de otra persona, tendremos que distanciarnos de su valoración, o lo que es lo mismo, evaluar la aceptación que hemos elegido dar a su criterio sobre la naturaleza de nuestro proceder.

El ego se alimenta también de otra variante de culpabilidad: hacernos sentir que no somos merecedores de nuestro perdón aunque seamos capaces de perdonar a otras personas en circunstancias similares. En ese sentido, el *victimismo* resulta un ego invertido: si no somos especiales por los éxitos, buscamos serlo al menos por nuestro sufrimiento. Nos incita a sentirnos “especiales”: incomprendidos, aislados, distintos.

A veces sentimos una culpabilidad catárquica al creer que hemos mancillado nuestra naturaleza esencial en tal grado, que Dios nos ha juzgado y condenado al vacío de la eterna infelicidad. Pero al ser Dios en este plano “*la vivencia manifiesta del amor incondicional*”, no hay cabida para juicio alguno. En realidad, es nuestra ceguera y cerrazón -nuestro propio juicio de que es imposible que se nos perdone-, lo que nos impide abrirnos para que la presencia consciente de Dios pueda sanarnos. Nuestra incapacidad para vivir esta realidad (la inocencia esencial humana), nuestra renuencia a aceptar que absolutamente todos somos merecedores del perdón por nuestra naturaleza espiritual... Nuestro juicio sobre “Dios” y sobre nosotros mismos es, en suma, lo que nos aleja de la acción todoabarcadora y expansiva del Amor.

Como una idea teórica, esta verdad puede ser aceptada con mayor o menor creencia. Vivirla como una realidad constante es la difícil meta que muchos nos hemos propuesto alcanzar en vida. Sin embargo, una y otra vez, el fluir interno y la dinámica de los acontecimientos disipan nuestra atención y nos tientan a reaccionar de igual manera: reaccionamos a prejuicios. Por otro lado, vivimos en un entorno social e histórico donde dicha realidad (la realidad de la inocencia esencial del ser humano por su naturaleza espiritual) ha sido tildada -y sigue siéndolo- como mera recreación utópica y esperanzadora para mentes endebles. “Metamorfosear” la creencia limitada de lo manifiesto hasta convertirse en fe abierta a lo inesperado exige inicialmente cierto grado de ceguera ante lo que la razón de los sentidos nos muestran... Ceguera, por fe ciega, y grandes dosis de paciencia y cabezonería. Pero ante todo, hemos de aprender a no transigir y a perdonarnos sin desmoronarnos cada vez que caemos de nuevo en el sueño que nuestro mundo personal recrea.

Inútilmente nos obstinamos en creer que podemos transigir y al mismo tiempo avanzar en el camino, hasta que nos damos cuenta que cada vez que transigimos, erramos. Creemos que podemos sentir a Dios durante la meditación o inmersos en ambientes que consideramos sagrados, pero preferimos perder Su “cobertura” en medio de un enfado o mientras damos rienda suelta a nuestro lado menos grato. Ese minúsculo núcleo aislado de intimidad autojustificativa hila el autoengaño de nuestro ego. Normalmente, alternamos periodos de lucidez con otros en los que “soñamos” estar perdidos en el mundo que nos muestra la visión de ese núcleo; o bien, en los peores casos, nos culpabilizamos por no haber podido mantenernos bien despiertos... De nuevo, el perdón ante el juicio que hemos creado de nosotros mismos restablece el estado sano y natural, el único necesario.

Intentar soltar errores pasados, aprendiendo de ellos pero sin hacer interpretaciones de responsabilidad, es quizás un buen camino para no seguir acumulando lastre. Muchas veces asumimos la culpa porque somos incapaces de perdonarnos al resistirnos aceptar que, como cualquier humano, somos imperfectos y dignos de perdón; buscando la aceptación personal o social acabamos tiranizándonos... A ese estado culpabilizado -del que ni siquiera solemos percatarnos, al estar nuestra atención centrada en el ajetreo de las obligaciones cotidianas-, se une un creciente sentimiento de vacío. A falta de una mano inocente que corte el hilo que nos ata al pasado, sólo nos queda intentar no acumular más culpa y liberarnos de los prejuicios que hemos ido acumulando. Meditar puede ser una vía esencial para dar este gran paso.

Por un lado, al meditar nos permitimos sentir, y que surjan a la superficie de nuestra conciencia episodios que en mayor o menor grado hemos reprimido; tanto la interpretación del hecho en sí como el nivel en que posteriormente ésta nos ha afectado. Por otro lado, meditar nos ayuda a mantener con mayor facilidad y duración un estado despierto -calmo pero atento-, lo suficientemente distante para permanecer conscientes de dónde y en qué posamos nuestra atención... Y si de repente nos damos cuenta de que nuestro foco de atención se ha dispersado en la actividad exterior o en el rumbo de nuestros pensamientos, sólo resta el perdón sin culpa alguna e intentar recobrar de nuevo la vivencia plena del presente.

En cierto sentido, meditar es como aprender a mecanografiar. Al principio puede resultarnos tedioso y sin sentido, pero una vez que se obtiene la práctica esencial, sucede casi de forma espontánea. Meditar nos ayuda a permitarnos sentir, aceptándonos sin más, como primer paso para tomar conciencia de las raíces de nuestro sufrimiento y así poder trascenderlo.

Si creemos que tenemos la capacidad de escoger cómo reaccionar en pensamiento y sentimiento a los avatares de la vida, y aceptamos -pues lo comprobamos por experiencias- que nuestra elección en lo que pensamos y sentimos provoca un giro en la naturaleza de los acontecimientos que nos suceden, ¿no surgiría al instante de la inicial alegría un sentimiento de miedo por la responsabilidad que esta libertad implicaría? Pues puestos a elegir, ¿cuántos escogerían ser artífices de sus vidas, asumiendo la responsabilidad de sus aparentes éxitos y fracasos, y cuántos preferirían continuar considerándose meras marionetas del destino?

Sin embargo, la mayoría de los sabios que han poblado este planeta han proclamado que la Vida es en esencia mágica y sagrada: un perfecto juego cósmico en el cual los humanos somos sus actores estelares... Por lo tanto, algo debe fallar en la percepción colectiva. ¿Será quizás porque evitamos afrontar el inevitable fin de nuestra existencia? Al plantearnos esta pregunta surge inevitablemente otra: ¿Somos los humanos espíritus encarnados, o poco más que un conglomerado estructurado de reacciones bioquímicas que conforman una unidad corporal destinada a la desintegración?

Estos sabios intemporales afirman también que el Amor lo abarca todo, y que ese estado que llamamos “miedo” sólo es nuestra decisión, deliberada o no, de aceptar como realidad la ilusoria ausencia del Amor. Para ellos, la causa fundamental del miedo es dar credibilidad a la idea que nos autoidentifica como seres apartados del resto de la existencia, encerrados en un cuerpo frágil y por tanto vulnerables al ataque y al dolor. También afirman que la eternidad sólo existe en el ahora; que nos equivocamos al trazar una línea que una pasado, presente y futuro como secuencia continua, pues constituye una ilusión colectiva que nos atrapa en el maya del tiempo... Dicen que el único instante real es siempre y sólo ahora: el presente. Dicen, finalmente, que la única experiencia que realiza en esencia el ser humano en su estancia en este planeta es -siempre ha sido y siempre será- elegir voluntariamente sintonizar con la Realidad que sólo late en el ahora -la única realidad: la Unidad del Amor- o bien elegir aceptar como realidad el mundo personal de nuestra actividad psicoemocional, autolimitándonos en la identificación con una mente finita e interdependiente encerrada en un cuerpo destinado a la muerte.

Según estos mismos sabios, para llegar al Amor final -la fusión en la Unión- hay que superar el miedo más difícil: elegir voluntariamente renunciar a la autoidentificación que teníamos con quien creíamos ser: nuestro “yo”. Dar el paso: de creer que “conocernos” significaba ser capaz de definirnos racionalmente, a comprender que lo que *somos* va más allá de los límites que definen nuestra mente y nuestro cuerpo. Lo paradójico de este proceso está en descubrir que esa

“conciencia omniabarcadora” siempre ha estado presente en el espacio en el que se desenvolvía nuestra lucha interna, y que nuestra función más útil consistía en intentar calmar el fluir de los pensamientos, como requisito necesario para que pudiera realizarse la verdadera alquimia; la que va más allá de la razón y la lógica de las palabras; la alquimia interna que se genera desde el sentir del “corazón”. El Amor.

Jesús el Cristo concentró toda su enseñanza en una frase: “ama a tu prójimo como a ti mismo”... Quizás, la letra pequeña de esta máxima sería que, sosteniendo al mundo temporal del cambio cíclico de las formas -incluidos todos esos reflejos que percibimos como personalidades aisladas y encerradas en cuerpos- se encuentra una realidad que se corresponde a la esencia de nosotros mismos como creadores de nuestro universo personal, interno y externo. “Quien ama, no juzga”... Nos resulta cada vez más difícil juzgar a los demás porque vamos comprendiendo hasta qué punto el mundo exterior, todas las personas con que te encuentras, toda la evaluación que realizas de toda la información que captan tus sentidos e interpreta tu cerebro... eres tú mismo. Al juzgar a los demás nos juzgamos a nosotros mismos... De ahí también se puede vislumbrar el porqué de su consejo sobre ofrecer la otra mejilla: perdonar a quien trata de ofendernos es realmente desidentificarnos con ese sentimiento de vulnerabilidad, temor y miedo que permanece latente y que proyectamos en los demás -en un torpe intento de desprendernos de él- en forma de agresividad. Si perdonas a los demás, llegarás a experimentar que a quien perdonas es a ti mismo, pues siempre que ves algún aspecto negativo en otros que te incomoda, es un reflejo de algo en ti que no quieres admitir y que intentas proyectar culpando a esa persona en quien lo ves reflejado. Pero no podemos comenzar a perdonar si continuamos experimentándonos bajo las ideas de un pasado inexistente o en el ensueño de un futuro cercano. Sólo es posible el perdón “efectivo” a partir de este instante, viviendo con la conciencia atenta en el eterno instante presente, donde suceden las cosas. Éste es en suma el mejor truco para sentirnos mejor con los demás y con nosotros mismos: aprender a perdonarnos, a aceptarnos plenamente, sin *peros*, como paso previo a “reaprender” a amarnos.

Vivimos en una misteriosa contradicción entre nuestra realidad espiritual, única y plena, y los constantes cambios cíclicos que se perpetúan en las formas; tanto en el mundo manifiesto que interpretan nuestros sentidos como realidad, como en nuestro cuerpo físico, sometido a las leyes de la materia... En ese paradójico sendero nos hallamos todos: creyentes, agnósticos y ateos, asesinos e iluminados, ricos y hambrientos... Todos cual Uno. Juanarmas

Cada ser humano es un buscador de la felicidad que trasciende los límites de su individualidad. La falta de respeto a esta sagrada libertad individual en la búsqueda es la causa de casi todos los conflictos entre personas, grupos y pueblos que han habitado la Tierra. Al fin y al cabo, la búsqueda de la espiritualidad no es sino el reencuentro con nuestra libertad.

Sólo nos queda nuestra única posesión: la capacidad de decidir en nuestro libre albedrío, qué conforma nuestra realidad y a nosotros, como creadores de nuestro destino. Que Dios nos ilumine para elegir permitirle en cada instante que nos bendiga a cada uno de nosotros por medio del efecto liberalizador del perdón. Que así sea :)